

L A M A G U A

◀ Un cuento de PEDRO BARGUÑO ▶

Fué mucho más tarde, casi en el segundo curso de su bachiller isleño, cuando un día tuvo el conocimiento, de improviso, de que el mar no acababa en aquella cinta azul, que se ponía violeta a la hora del regreso y había que dejar la arena fina de Las Canteras. Las flores moradas siguieron después coloreando sus paseos de adolescente y amortajando sus juegos. Pero por el mar venían grandes barcos y un día entró en un enorme transatlántico a comprar en el «Barber Shop» un perfume extranjero. Oía mejor en el campo aquella esencia del frasquito. Le venía una gana nueva de desarropar las plataneras y morder el verde de las bananas. Y en la ciudad miraba, desde la balconada de pino espesa como una celosía monjil, pasar a sus compañeros del Instituto con un interés inédito.

Se quería marchar con los barcos y pasaba las horas frente a los grandes mapas murales y los dedos por los mares de papel azul. «Aquí está Las Palmas, como una oreja de Gran Canaria; y la Península aquí arriba».

Desde siempre había oído eso de «la Península». Luego se enteró de que había muchas penínsulas. Pero la que le gustaba era aquella de donde había venido papá. Qué bien hablaba papá. Ninguna palabra se le iba rodando por la pendiente de la cadencia y quedaban todas justas, como prisioneras.

—Papá, yo quiero ir a la Península. ¿Cuándo vas a llevarme a la Península? Don Rafael tenía una nube en la frente cuando Pinito le pedía esas cosas.

Y un día entre los días, vino la Península a la isla del corazón de María del Pino. Fué como siempre, pero a Pinito le pareció aquella una luz maravillosa. A veces se la escondía para alumbrarse un dentro que no sabía muy bien cuál era y, a veces, la sacaba a ver si brillaba más que el sol sobre las olas de los rompientes en el parque. Ello fué el día en que llegó a la casa aquel hombre de negro.

—¿Don Rafael Algorta?

—Pase usted. No está, pero vendrá en seguida.

El hombre se había sentado en el comedor. Pinito le miraba juguetear con los dedos sobre el jarrón japonés que algún barco habría dejado en «los Indios de Chanrai».

—Usted, señorita, es la hija de Don Rafael, ¿no es así?

—Sí; sí, señor.

—Hace varios años que no veo a su padre. No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa dentro de dos horas. Usted ¿ha nacido aquí, en Canarias?

—Sí; sí, señor.

¿No sabía decir más que eso, «sí; sí, señor»? Hubiera querido contarle muchas cosas; sus cosas de chiquilla. Acaso teclear una folia en el piano. Pero aquel hombre era muy serio. Le daba miedo y confianza al mismo tiempo.

Por un momento desapareció de su cara aquel gesto hosco y cortés. Cuando el hombre se sentó al piano.

—Vaya, Don Rafael no olvida la música.

Crecían bajo su mano las notas de la folia, valientes como la lava de los volcanes canarios, y caían, como derrotadas, por alguna ladera infinita.

—No se me olvidó completamente. Su papá tarda, señorita. Mire, voy a dejarle esta carta.

Matilde, la criada mayorera, iba y venía.

—Se la da usted a Don Rafael.

—Sí; sí, señor.

El hombre se estaba alzando. Sobre la cabeza de María del Pino se caían, doblados, todos los muebles de la habitación. De pronto sintió una llamarada que le subía por el brazo, como una lumbre fría que le sacudiera toda.

El hombre tenía en la mano, la mano pequeña de María del Pino, para la despedida.

—Tendrá noticias mías. Dígaselo usted. Y entréguele la carta.

Se cerró la puerta y a partir de aquel golpe seco, empezaron a abrirse muchas cosas en Pinito. Aquel día estaba más negra de nubes la frente de Don Rafael, cuando tomó la carta. Como los tornados de la isla. Y a los tres meses vino un sobre grande con muchos sellos de colores. «Australia». Y, en letras negras y redondas, la letra de aquel hombre. Ponía en el remite: «A. Suárez. P. O. Box 517. Melbourne. (Australia)».

Cuántos días y meses pasaron por aquel comedor. Cuántas veces las manos acariciaron el jarrón japonés y las teclas del piano, y cuántas horas Pinito, repitiendo palabras triviales, luchando con el tiempo a brazo partido para recomponer el gesto del hombre de Australia.

«Su papá tarda, señorita».

«No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa...»

Le «oía». Y cuando, al caer la tarde, el sol tenía los violetas de siempre, se alzaba del sillón, y allí, muy cerca de la puerta, sentía otra vez aquella gangrena, aquella angustia dulce, sofocarla. La presión de la mano, y el brazo ardido, y el pecho incandescente, y el subir y subir a la cara de un vapor, de una lava. Y luego el desvanecimiento en el sillón de los brazos labrados; aquí ya oía la música también cayéndose, también desvaneciéndose por la ladera; la música de la folia vencida.

Matilde, la mayorera, seguía pasando veces y veces por el comedor, siempre a pelar las mismas papas.

—Mi niña, usted tiene «magua».

Y María del Pino se quedaba varada en la sorpresa de sus diecisiete años ¡La magua! ¡El sentimiento de la isla!

Llegaron y se fueron muchos barcos de los ojos de Pinito. En el Puerto de la Luz los cambuyoneros gritaban y extendían los brazos como aspas de molino, desplegando grandes telas de colores:

—Five pounds!

—Four pounds!

—Three pounds!

Desatraban aquellas ciudades a flote y con el crecer de las sirenas se abarataba la mercancía. Las últimas telas vendidas se arrojaban a los pasajeros, arrolladas como pelotas, desde el muelle. Y María del Pino iba y venía, como desarbolada, por el Muelle Grande. Y le sonaba en los oídos las despedidas de los emigrantes italianos: